



BIBLIOTECA *MARCEL·LÍ DOMINGO*

Recull de premsa local i comarcal

RECONQUISTA DE TORTOSA

J

ORIGEN DE LA ORDEN DEL HACHA

Por S. BLANCH BALAGUER



RTA oportuna a la Historia escrita de nuestro Territorio, inserta en el Programa de Estudios del año 1942 —en espíritu delirante e humanista enciclopedia—, salió de la pluma de uno de los escritores que desde la palceta periodística programan y expresan los valores actuales de Tortosa y su entorno comarcal, a través de muchos y variados trabajos de traducción histórica, costumbrista, artística, etc.: el recientemente fallecido D. Salvador Blanch Balaguer. Un autorista y variada temáticas narrativas e, incluso, por que de una voluminosa y sencilla personalidad, el plazo exterior de la acción, cuando cualquier circunstancia de su entorno vital pulsaba los resortes de su creatividad y coludido amor a las cosas de nuestro Territorio. De él unidad de las películas fílmicas en honor a Nuestra Señora la Virgen de la Cista, de la que —basta decirlo— fue siempre apasionado paladín, testimonia oportuna erudi homenaje a su memoria, desde publicación, por segunda vez y transcurridas veintidós años de la primera, a este escrito mere, uno de los muchos que que D. Salvador Blanch jalma en estudios literarios por los caminos, para el sus especialmente entrañables, de la escritura.

RECONQUISTA DE TORTOSA



TORTOSA, promediando el siglo XII, es un enclave islámico que hiera el flanco sur de la Marca Hispánica. Pero ya el hábito de esperanza que, cual mancha de acate sobre paño fino, se ensancha por los ámbitos peninsulares a medida de los triunfos de las armas cristianas, acaricia los corazones de los tortosinos, que presentan dichosamente su liberación. Las disensiones y banderías que de continuo se registran en el mosaico de reinos moros a que ha declinado lo que antaño fuera brillante Califato de Córdoba, del que Tortosa llegó a ser uno de sus pivotes defensivos, parecen indicar que el dominio sarraceno que se inicia en el Guadaleña ha entrado en su fase menguante.

El panorama político bélico, en aquellos tiempos turbulentos, sufría frecuentes transformaciones, unas veces por ley de las armas y otras por entronques entre linajes reinantes; y una de las más importantes de la época prodigase por ventura cuando el muy alto y poderoso señor Don Ramón Berenguer IV, Conde de Barcelona, unióse en esposales de futuro con la reina infanta Doña Petronila, hija de Ramiro II de Aragón, en 1137, con cuyo feliz acontecimiento consagróse la unidad política entre Cataluña y el reino aragonés, bajo la gobernación del buen Conde, uno de los soberanos más gloriosos de la dinastía catalana, que por sus grandes virtudes alcanzó la gracia del amor de sus súbditos.

Peregrinos llegados de Levante a la austera corte catalana lograron, en los relatos de su bohemia, despertar el afán de conquista de Ramón Berenguer, que deseaba su fantasía ensabando anchos horizontes por donde encauzar su contribución al grandioso proceso histórico de la Reconquista. Hablaban de una comarca que los romanos llamaron Tortosa, cantada por los bardos y poetas más inspirados, cual si el mundo gótico y bucólico de Virgilio hubiera tenido su origen en aquellos parajes de égloga. Huertas cual vergües, ubérrimos olivares reverberando al sol la plata de sus ramas; frondosos bosques que festonean el suelo de tierra hierbechilla con la frescura de su sombra; viñedos cuyos mostos alegrian mesas reales; altas montañas cuyas cimas parecen desfilas al viento, y fecundando la maravilla de su valle, el gran río Ebro, verdemente emullado por los álamos, chopos y canavaleras. Y ansioso por emplearse de lleno en el golpear del martillo cristiano en el yunque agriero —bravemente iniciado por Don Pelayo en los riscos astures al alumbra la Reconquista—, el apoderarse de Tortosa adquiere en la mente del Conde categoría de obsesión, hasta devenir en empresa la más alta de cuantas hasta entonces ciflran lauros en la noble frente del IV de los Condes Berenguer.

Así, pues, llegado —como dice un monje reletor de los sucesos de la época— «el tiempo en que los reyes suelen salir a la guerra; el tiempo sereno, templado y alegre de la primavera, en el que el ruiseñor menudea sus canciones y la hierba prodiga su frescor para caballos y bueyes», el Conde

sólo vive para los aprestos bélicos que tal campaña requiere. Viben en las ciudades las voces metálicas de los clarines convocando a hueste, y los aones profundos del cuerno despiertan los ecos dormidos de valles y montañas llamando a la guerra contra el infiel, a cuyo mágico conjuro acuden todos a porfia, desde los señores de la más alta alcurnia, que sueñan con nuevos blasones para sus escudos y más honores que añadir a sus nombres ilustres, hasta los más humildes varones del pueblo llano, que en tales empresas sólo los guía su fe y su patriotismo, pues que de ellas suelen sacar más honra que provecho. Y en el alto empeño de la Reconquista patria, los señores cambian sus vestidos de rico brocado por la pesada armadura, las emociones de la caza y los placeres palaciegos por el guerrear sin descanso, y los vasallos de la ciudad y de la gleba truecan los instrumentos de trabajo por el arco y la tizona.

Harto se le alcanza a Berenguer, que fuera en mengua de su fama el fracasar en tan ambicioso objetivo; pero la joya oculta entre las moles roqueñas de Monte Caro y Coll del Alba, Cardó y Montsiá, bien vale y justifica el riesgo de la aventura. Tortosa, convertida en un importante centro de las letras y las ciencias musulmanas, de el mundo islámico sabios cuya fama ha de perdurar a través de los siglos. Sus embarcaciones surcan el Ebro y salen al mar, sosteniendo un comercio activo, en el que fían mercaderías de todas clases. Traficantes de todas las razas despliegan ante la mirada deslumbrada de los compradores toda la gama de sus géneros. La industria se desarrolla próspera. Su agricultura, asimilando métodos de riego introducidos por sus dominadores, produce sabrosos frutos, haciendo de la vega tortosina la más fértil y hermosa.

Presta a partir la expedición, a la que el Papa Eugenio III concede el privilegio de Cruzada, el Conde mira al cielo impetrando la protección divina, que espera le guie en este trance histórico. Y a lo alto encomienda el buen fin de su noble empresa, porque todas las cosas nobles van a lo alto: el vuelo de los pájaros, los suspiros, las oraciones, el latido de las campanas, la mirada del mártir en trance de agonía... Porque «arriba —dicen las Sagradas Escrituras— está Dios»...

§ II. En la torre vigía de las fortificaciones de Tortosa, el centinela moro el asombro le entra por los ojos y lo vierte en exclamación: «¡Los cristianos!». Desde las murallas y el castillo de la Zuda, la morriña, atónita, contempla un espectáculo que sobrecoge su ánimo. Remontando el Ebro, meridándose blandamente en sus aguas, que rizan en leves ondas las auras mediterráneas, se ven arosas revas catalanas y genovesas, cubiertas de velamen y de gloria alcanzada en la campaña de Almería. A lo lejos divisase una formidable hueste cristiana que, pisando firme en el «paso honroso» de la Cruzada, se acerca a la ciudad castru. Suenan clarines y atabales; brillan al sol escudos y armaduras; la caballería ostenta vistosos gallardetes en sus lanzas; enmarcan la espalda de los peones la ballesta y la aljaba, espadón el cinto o pica en mano; y como símbolo de suprema jerarquía militar de la expedición, señorea el pendón conde de las cuatro barras, que parece retar a singular «Juicio de Dios» a la bandera de la Meda Luna y al estandarte verde de Mahoma.

En este ejército, la diversidad en el atuendo y la Babel de gritos de desafío a la morriña proclaman lo heterogéneo de su composición. Poderosos

señores de la más brillante prosapia —Guillermo Ramón de Moncada, Guillermo de Montpellier, Berenguer de Pollech, Roger Despuig, Pedro de Setimend, Berenguer Pírol y otros tributarios—, jinetes sobre fogosos trones cubiertos de ricas gualdrapas, marchan con gallarda apostura al frente de sus masnadas. Vense las cruces enarnadas de los Caballeros del Temple, celeros custodios de los caminos que conducen a Tierra Santa. Caballeros airozos los Hospitalarios de San Juan de Jerusalén. Advuértense también guerreros que envían a Ramón Berenguer sus tributarios de alden de los Príncipes. La península itálica está representada en la expedición por soldados y marineros de Génova y Pisa. Forman el grueso del ejército agueridos huestes catalanas, entre las que se ven grupos de almozgaveros, aquellos terribles guerreros que, huyendo de la invasión sarracena, buscaron cobijo y libertad en lo más abrupto de las montañas, de las que sólo descendían para, al grito de «¡Desperta, ferrol!», correr y taler tierras de moros, ya que en sus «almozgaverías» no dejaban viviendo sin daño ni campo sin hollar.

El espíritu inquieto y romántico de la época ha prendido con fuerza en el corazón de aquellos cruzados de la Reconquista, que apréntase a expugnar el baluarte islámico de Tortosa. Ante las murallas que le circundan móntese todo el aparato de batir y se formaliza el sitio de la plaza. Es el primer día de julio del año de gracia de 1148.

§ III. Tortosa había visto otras expediciones encaminadas a liberarla del poder de la Meda Luna. El gran Carlomagno y después su hijo Ludovico Pio vistieron de las Galias y porfaron para ello, pero en vano. Sancho Ramírez, Ramón Berenguer III y Alfonso el Batallador no tuvieron mayor fortuna en sus intentos, porque siempre oportunamente los musulmanes recibían refuerzos. El Cid Campeador, aquel gran señor embaudado, verdadero rey sin corona, que derrotaba y sometía a tributo a los taifas moros, corrió en alguna vez tierras, aunque no intentó asediar la plaza. Pero esta vez, conquistada Almería, punto de desembarco de toda clase de refuerzos africanos para socorrer las plazas musulmanas en peligro, la sinrazón de su cautiverio iba a tener glorioso epílogo.

El Conde planta sus reales y distribuye su ejército en tres cuerpos. El primero, a sus inmediatas órdenes e integrado por tropas de los tributarios de la Meric, se sitúa en lo que hoy son los Ginachets. El segundo, mandado por Guillermo Ramón de Moncada, lo forman las milicias de Barcelona y otras tropas catalanas y aragonesas, y toman posiciones en lo alto y cerretiles del Coll del Alba y hasta la ciudad, vigilando la llegada de posibles expediciones en socorro de los sitiados. El tercero, a cargo de Guillermo de Montpellier, lo componen fuerzas del Mediodía gallico, y se establece en la margen derecha del Ebro, cara a cualquier peligro proveniente de Valencia. Tropas volantes, al mando de Bernardo de Bell-lloch, recorren y vigilan los prados que se extienden en el delta izquierdo del Ebro.

Sitadores y sitiados luchan con valor. El bastión de la Zuda es mudo testigo del heroísmo de los combatientes. Las flechas lueven como granizo en tormenta de verano; salen chispas al entorchar las arcas; añolávanse armaduras, quiebranse lanzas y espadones, silban oniestramente las armas arrojadas en su trayectoria homicida. Las carnes de los combatientes desgírense para sembrar la tierra de trágicos amapolas con la sangre de tan

tos héroes. Un pelotón de cristianos logra, una noche, penetrar sigilosamente en la plaza. Pegados a las paredes de las estrechas callejas van los osados asaltantes —ánima en vilo y el corazón en la garganta— para sorprender las guardias enemigas y facilitar la entrada al ejército sitiador. No tienen suerte en su audaz intento. Descubiertos por los moros, son exterminados, cogiendo prisionero al caballero Francisco Guillen Argenteis, a quien no logran hacer alijurar de la Religión Católica, pase a «freserle», a cambio, perdón de la vida. El cristiano caballero sufre con entereza el martirio, siendo su cadáver expuesto a la vista de sus compañeros.

§ IV. Murallas adentro, en la plaza sitiada, los musulmanes, en los primeros días del asedio, no pierden la esperanza en la próxima ayuda del exterior. No es posible, se dicen, que Alá, Señor de la Vida, Dueño de los Dos Mundos, deje sin protección a sus creyentes, ni que transcurran muchas lunas sin que su Rey, Espazo de la Subdúla, Comendador de los Creyentes, Afianje de Alá, socorra a sus súbditos. Cuantos lucen el turbante verde, distintivo de haber peregrinado a la Meca, excitan, con su prestigio religioso, a vencer o morir. Sus ípticos narradores de cuentos —«locuentes maestros de la fantasía oriental»— relatan las odiseas de sus héroes de leyenda, para ver de despertar el afán de emulación en sus oyentes. Un ulema, con unas barbasas del color de las algas marinas, predice: «Cuando el mundo musulmán estaba sumido en los Días de la Ignorancia, anteriores al Profeta y a la promulgación del Corán, nuestro pueblo no conoció las mieles de la gloria; mas ahora que es fuerte, ahuyentará a los nazarenos con el rayo de su alifange ¡Inshallah!». En lo alto de los alminares, la voz doliente de los alimúndos profana el silencio de la noche llamando a los creyentes a la oración vespéral, para implorar la protección de Alá. Los viernes —día de la paz en la semana musulmana—, en las mezquitas, los alimúes recitan en lenguaje aljami versículos coránicos que estimulan la defensa.

Pero las lunas se suceden y la situación de los sitiados se cada vez más crítica. Cada noche se recogen con la esperanza del socorro que les puede llegar mañana. Cada amanecer les trae una nueva desilusión. Por más que observan el horizonte en demanda de la buena nueva, sus ojos no ven más que las tendas del real de Berenguer IV, que ya sólo serán desmontadas entra cantos de victoria.

En el ototo que ya esboza las celicacas y los fríos invernales, el Conde aprieta el cerco con vistas a precipitar el desenlace de la pugna. La resistencia se cuartea. Poco efecto producen ya en los sitiados las jeremiáticas exhortaciones de sus ípticos, fuertemente los más fanáticos prometen, para que Alá les conjure el peligro, peregrinar a la Meca para santificar sus ojos en la contemplación de la Kaaba. La molición y los delates del vivir cotidiano en que se sumiera el pueblo musulmán de la Península, moderó los ímpetus guerreros de aquella raza portorosa —otora la más poderosa—, que de los atarifes improductivos en su salvatrage hizo surgir el milagro fecundo de los cultivos, y cuyos alarifes levantaron las maravillas de la Alhambra, el prodigio de Medina-Zahara, la sumuosa mezuquita cordobesa...

¡Pronto la certeza de que la decisión de vencer de los cristianos es inquebrantable, les hace despertar a la realidad de su futuro sciago. La clapsidra señala, inexorable, el paso de las horas y los días en la infinita zozobra

de la desesperanza. Y solicitan del Conde catalán una tregua. El propio cadi de la ciudad se traslada al real del caudillo cristiano para estipular las condiciones, y, a la usanza de aquellos tiempos románticos, se conviene una tregua de cuarenta días, transcurrida la cual, si los sitiados no reciben socorro, capitularán, para lo cual el Conde, siempre magnánimo, otorga condiciones asaz humanas.

(Bella expresión del espíritu caballeresco y romántico de la época fue

